

El Asombrario 18/05/20

una mujer agradecida cuya sangre y la de su marido proceden del mismo semen. Hay también una tendera pendenciera y maloliente. Hay un crimen sin final feliz, hay una cojita guapa que solo quiere que la quieran y darle sepultura a los sin nombre que aún quedan en las cunetas no señalizadas de un país que ha guardado bajo una losa de mármol el cuerpo de un asesino y prendido medallas sobre el traje caro de un torturador.

Hay un coro de voces que nadie oye, pero que Sanz hace audible recreando estrafalarios y potentísimos diálogos para darle voz a su exilio obligatorio y polvoriento.

Todo es pasado y todo es presente en esta historia que es también la desolación hecha cinismo. Que es no entender cómo los niños de los años 80 pudimos jugar al escondite y correr por las calles sin presentir ese rumor doliente y desesperado que había bajo muchas de ellas.

No dejen de leerla porque Pequeñas mujeres rojas es un “triálogo” feroz y el regalo narrativo de no hacer concesiones ni resguardarse en lo políticamente correcto. Es ahuyentar lo superfluo, hacer sangre con todas las palabras útiles del diccionario. Que las verdades besen los labios siempre fríos de la mentira y que no haya resurrección.

‘Pequeñas mujeres rojas’. Marta Sanz. Anagrama. 340 páginas.